



Un
romance
entre
recetas

Ariel Moncalvo

UN ROMANCE ENTRE RECETAS

ARIEL MONCALVO

Emilio y Griselda se conocen en una Isla alejada de la ciudad. Ambos intentan escapar de su pasado, pero no les resulta nada fácil. Ella es chef de un Hotel 5 estrellas y sabe muchas recetas de memoria. Él tuvo su esplendor en Francia y ahora es un chef venido a menos, muy desordenado y desprolijo. Cuando aparece el romance sus ex se hacen presentes intentando reconquistar a sus parejas. ¿Cómo continuará la vida de Emilio y Griselda? ¿Podrán cortar con su pasado para recomenzar una vida? Este libro es una comedia romántica llena de enredos, donde el drama está presente con cada historia que se les presenta.

CAPITULO 1

Lunes por la mañana. Día primaveral, fresco. Griselda se acerca a la orilla del río y se despereza. Se queda unos segundos con la cara inclinada en dirección al sol y sonrío. Se quita el buzo y se queda en manga de remera. Camina unos pasos hacia su derecha y sube al muelle, mira bien donde pisa porque es la primera vez que hace ese recorrido después de mucho tiempo. En realidad, ayer no fue su primera pisada sobre las tablas, pero todavía estaba oscuro y no veía bien cómo estaba hecho ese muelle. En tanto que caminaba lentamente, paso por paso, se agarra de la baranda para no caerse. Algunas maderas rechinaban con cada pisada de ella, y eso le generaba desconfianza. A lo lejos se ve un buque que pasa y hace sonar su bocina, eso la asustó. Si bien estaba en medio de la naturaleza, todo lo que podía ser mágico le generaba tensión. Era un escenario soñado para ella, pero “una cosa es tenerlo en mente y otra es hacerlo realidad, —pensaba Griselda en tanto que continuaba a paso lento pero firme hacia el extremo del muelle. Caminó, caminó y caminó hasta llegar al final de su recorrido. Ahí se sentó en posición de meditación y se dispuso a observar cada parte de esa isla en el delta del Paraná.

A la izquierda de su parcela, había una que era mucho más pequeña, de forma rectangular y con una casa en mal estado. —Seguro está abandonada, —pesó mientras le hacía una radiografía con sus ojos.

De frente a esas parcelas, a unos kilómetros de distancia, estaba la ciudad. Ella trataba de ignorarla o hacer una vista rápida sobre el frente, prefería ver su alrededor y solo detener su mirada sobre las canoas o las embarcaciones que pasaban por ahí.

La Isla era muy vistosa: todas parcelas muy bien decoradas típicas de los años ochenta, viejas, pero en buen estado, aunque les faltaba un poco de mantenimiento. La mayoría hechas en madera con una cerca o ligustrina que las limitaba. Cuando se decidió a reposar, recostada sobre el muelle, el golpe de una puerta la hizo levantar sobresaltada. A su izquierda salió un hombre con el torso desnudo, un hombre de unos setenta u ochenta años, con el pelo blanco, muy flaco y que al bostezar pudo ver que le faltaban varias piezas dentales. Solo llevaba puesto un pantalón marrón de gabardina con manchas de grasa y unos cuantos agujeros. Sin dudarle, se paró, tomó el buzo y lo abrazó, como protegiéndose.

—Buenos días señorita, —dijo el hombre sonriendo y reverenciándose

ante la presencia de Griselda. —¿Qué la trae por acá, bella señorita?.

—¿A mí me habla?, —respondió Griselda, en tanto que miraba para todos lados viendo si había alguien más a su alrededor.

—Sí, a usted. ¿A quién más si no?.

—Ah, disculpe usted, es que pensé que no había nadie aquí.

—Es correcta su apreciación, nunca imaginé su presencia un lunes por la madrugada. Y podés tutearme, recién me hice mayor de edad, —dijo el hombre sonriendo.

—Son las 7 de la mañana, señor.

—Uy, me quedé dormido para ordeñar las vacas, —dijo el hombre.

Griselda abrió grande sus ojos y no sabía si reírse o cambiar de tema. — Sí, claro, como no....

—Ahí llega otro comensal, —dijo el hombre mientras observaba una lancha que se estacionaba en la parcela al lado de la suya.

De la lancha bajó Emilio, de unos cuarenta y cinco años. Llevaba un abultado equipaje: dos valijas, unas cuantas cajas y detrás de él un perro, que no paró de ladrar desde que bajó de la lancha hasta que entró en su casa. Mientras Emilio descargaba su equipaje dentro de la casa, el perro saltó la cerca y fue a visitar al hombre, luego de recibir unos cuantos mimos se dirigió en dirección a Griselda, quien trataba de sacárselo de encima con cara de asco. El perro la lambeteó de arriba hacia abajo, le quitó el buzo y salió corriendo.

—El buzo no, —gritó Griselda. El perro sin acusar recibo se dirigió a la puerta de la casa donde estaba Emilio y se recostó sobre el mismo.

—El buzo no, —dijo en tono bajo Griselda un tanto resignada.

El hombre la miró riendo a Griselda y le dijo: El buzo sí, ja ja ja.

Mientras Emilio acomodaba sus cosas, ella intentaba quitarle el buzo al perro que jugueteaba y no la dejaba ni acercarse, entre amagues y corridas. Hasta que ella se cansó y decidió golpear la puerta de Emilio.

—Hola, ¿hay alguien? Hola, hola dije....

—Pero ¿qué pasa?

—Pasa que su perro se robó mi buzo nuevo

—¿Buzo nuevo le llama a ese pedazo de trapo?.

—¿Pedazo de trapo? A mi buzo nuevo, no le voy a permitir.

—Pero doña no haga tanto escándalo. Eusebio, Eusebio, ¡devolvé el trapo a la señora!

En ese momento Eusebio se acercó y le puso el buzo todo babeado y

embarrado en los pies de Griselda.

—¿Eusebio?, ahora entiendo todo....

—¿Qué es lo que entiende?.

—Con ese nombre, qué puedo esperar de ese animal maleducado, ¿y del dueño? bah....

—¿Usted tiene animales?.

—No, con mi ex me basta, no necesito más especímenes.

—Debería, ahora el que entiende soy yo, no puedo concebir en un ser humano que no haya amor a los animales.

—Con los hombres me basta.

—¿Por eso está sola?.

—Ese no es su asunto, y pongamos límites: de la cerca para allá es mi casa, de esta cerca para acá es la suya y la de este animal, ¿está claro?.

—Ok, ¿lo de animal, lo dice por usted?.

—Me vengo a buscar tranquilidad, lejos de los simios y los encuentro a ustedes, por Dios, ¿qué hice mal en esta vida, —dijo Griselda mientras se retiraba y sacudía su buzo.

—Nacer hizo mal, señora, eso hizo mal. Yo también me vine lejos para no escuchar ninguna voz aguda y lamentablemente me encuentro con usted, —gritó Emilio.

El hombre los miraba y movía su cabeza como espectador de un partido de tenis que busca ver dónde cae la pelota.

—Mucho gusto, mi nombre es Juan, —dijo el hombre.

—El mío Griselda, y no hay ningún gusto de estar acá.

—El mío Emilio, y lo mismo digo, señora malhumorada....

—La mesa está servida señores, bienvenidos a La Isla, —dijo Juan riendo.

CAPITULO 2

Martes por la mañana

El sol asoma del horizonte y se entremezcla entre las nubes que se desplazan al ritmo del viento. Algunos rayos se filtran por las cortinas de Griselda que se despereza y mira la hora en su celular. Habitación con paredes verde clarito y cortinas cremita. En el extremo izquierdo de la habitación, hay un sillón de pana a rayas color rojo y celeste. Sobre el mismo hay un bolso con ropa que le quedó por acomodar. Al lado del sillón hay un televisor, y en el extremo derecho hay un placard pequeño, pero con el espacio suficiente para alojar la ropa de ella durante su estadía. Griselda se levantó, camino hacia la cocina y preparó el café que la acompañaría durante ese día. No era la máquina con cápsulas traída de Italia, pero un café con filtro estaba más que bien para ella. Preparó algunas tostadas, y mientras el pan se calentaba al ritmo del café, disfrutaba ese aroma matutino con la vista al río. Si bien la ventana era pequeña, bastaba para poder observar el relajante movimiento del río mecerse sobre las tablas del muelle. Algunas gaviotas revoloteaban en la orilla para poder cazar algo de presa para comer. Esa imagen provocó en ella algunas sonrisas y varios suspiros, que se siguieron de algunos sorbos de café, acompañados por tostadas recién hechas y untadas por una mermelada de frutos rojos que había comprado en el mercado antes de embarcar a la Isla. Terminó su café y se dirigió descalza hacia el muelle donde haría algunos ejercicios de meditación para cargarse de energía y empezar a borrar algunos recuerdos que traía de la ciudad. Rostro despejado, pelo lacio castaño clarito, short de jean y una musculosa turquesa completaban aquel cuadro. Luego de unos 30 minutos de ejercicios, encendió un cigarrillo y se posó sobre la baranda del muelle. Segundos más tarde recordó una canción que escuchaba su abuelo cuando ella era pequeña y comenzó a cantarla de manera suave: *There are places I remember all my life, though some have changed some forever, not for better some have gone and some remain all these places had their moments with lovers and friends, I still can recall some are dead, and some are living in my life, I've loved them all /*

but of all these friends and lovers / there is no one compares with you...^[1]

Juan la observaba con una sonrisa, y no dudó en tomarle una foto con su cámara de rollo vieja pero aún vigente para congelar momentos en La Isla.

Hacía mucho tiempo que no había huéspedes en ese lugar, mientras ella cantaba él tomaba mates sentado en una reposera de pino, con su pava de aluminio y mate metálico. Juan los prefería amargos y sin nada que los acompañe, así como dice él: mates bebidos y bien calientes.

La casa de Juan era la excepción en esa parte de la Isla. Hecha en madera, con techo de paja y solo unas cortinas que entraban y salían de la casa cuando el viento lo disponía.

Emilio dormía hasta que la melodía y los rayos del sol lograron despertarlo. Se sentó en la cama y observó que las cortinas blancas nunca tapanían el sol de la mañana. Chistó, se levantó y preparó unos mates que acompañaría con bizcochitos de grasa. En tanto que preparaba su desayuno miraba a Griselda cantar por su ventana. Su casa era bastante similar a la de Griselda, solo que más rústica en su decoración: paredes blancas, techo de chapa y solo algunos estantes de madera para almacenar su ropa. Salió de la casa, se sentó en una silla plástica y puso el celular a todo trapo: *She's got a smile it seems to me reminds me of childhood memories where everything was as fresh as the bright blue sky now and then when I see her face she takes me away to that special place and if I'd stare too long I'd probably break down and cry Oh, oh, oh Sweet child o' mine Oh, oh, oh, oh Sweet love of mine...* [2]

Griselda abrió repentinamente los ojos, frunció su ceño y no dudó en gritarle desde donde estaba: “Señor, señor... señor ¿me oye?”

—¿A mí me habla doña?

—Sí, a usted. ¿Puede bajar un poco la música?

—Encantado, pero la próxima vez usted baje el tono para cantar. Yo no pedí que me despierten a las 8 de la mañana con música.

—Perdone usted, no imaginé que alguien podía tener el sueño tan livianito.

—Ahí vamos, —dijo Juan sonriendo y observándolos discutir.

Emilio no bajaría el sonido de su celular y ella haría lo mismo. Emilio se sorprendió por la respuesta de ella y se puso a cantar en tono alto: *Todas las mañanas son iguales, lindas, novedosas, especiales. Siguen reprochándome morales todo lo que yo hago está mal. Son muchos pensamientos para una sola cosa, estoy algo cansado de vivir, en realidad. Yo que soy un hombre desprolijo no tengo conflictos con mi ser porque en la apariencia no me fijo, piensan que así no puedo ser. No cambia nada estar un poco sucio, si mi*

cabeza es eficaz. No no, no no no, no no no, no no no. Yo que soy un hombre desprolijo, no tengo conflictos con mi ser...^[3]

—¿Le dijeron que canta muy mal? Desafina, y ya lo veo está bastante sucio y desprolijo....

—Prefiero el Rock nacional a la música importada, y me baño todos los días doña, —mientras respondía se observaba a sí mismo y notó que algo de razón Griselda tenía: ojotas negras por encima de medias blancas, un short deportivo y una musculosa vieja eran motivo de burla por parte de ella.

—No está mal doña, está a la moda, igualito a mí, —dijo Juan que también disponía de unas chancletas por encima de sus medias de vestir.

—La canción anterior no es nacional, encima de sucio y desprolijo, ignorante....

Como veía que él no aflojaba con sus gritos, tomó su celular y siguió los mismos pasos:

Is this the real life? Is this just fantasy? Caught in a landside, no escape from reality. Open your eyes, look up to the skies and see, I'm just a poor boy, I need no sympathy, because I'm easy come, easy go, little high, little low, any way the wind blows doesn't really matter to me, to me Mamaaa, / Just killed a man...^[4]

Emilio se puso de pie y en posición de rockero respondió:

I'm in love with this modern world. / I'm in love with these modern girls, I used to love an english girl, now i love a german girl. I used to love an italian girl, now i love an argentinian girl. I used to love this rock and roll world, now i love this suicide world. But there is one thing, one thing i can't forget, cause it's in my head, think about it when I'm in bed, you know what it is? it's: Heroin, heroin, heroin...^[5]

Griselda no podía creer lo que estaba viendo, “ese hombre hace el ridículo, ¿no se da cuenta?. —Refunfuñando se dirigió a su casa, “mejor sigo la meditación adentro. —Eusebio aullaba en tanto que lo veía a su amo gritar aquella canción. —Ni tu perro te guanta, sucio, desprolijo y falopero. —Emilio dejó de cantar luego de escuchar esas palabras, tomó su celular se miró, lo observó al perro y dijo, mientras se tomaba los rulos oscuros de su cabeza “creo que una ducha no me vendría mal. —Se metió el celular en el bolsillo y se fue a duchar mientras cantaba la misma canción que lo había despertado. Luego de unos segundos se dio cuenta y pensó: “Lo que me

faltaba, cantar esta porquería. —Terminó su ducha y mientras se dirigía a cambiarse, con la toalla que cubría su cuerpo, vio a Juan que estaba colgado de la ventana y le cantó: “In my life, I love you more.

—Hombre, ¿qué hace ahí? Salga de acá, hombre grande espiando....

—I’m sorry baby, —dijo Juan entre risas mientras se retiraba.

Griselda terminó sus ejercicios de meditación, tomó algo de fiambre de la heladera, algunos vegetales, pan, un jugo de naranja, y se dirigió al muelle para cortar la mañana. Dejó la comida en una canasta al lado de ella y se dispuso a observar el paisaje que la relajaba. Emilio salió duchado y bien vestido y comenzó su segunda ronda de mates, en silencio. Mientras Griselda disfrutaba del aire que recorría sus pómulos, de repente sintió el gruñido de un cerdo que corría con su canasta con alimentos, solo cayó el jugo de naranjas, un cuchillo y un tenedor.

—¿Y este de dónde salió?, —dijo Griselda ofuscada mientras corría al chancho.

—Dale corré que no te viene mal bajar unos kilos, —dijo riendo a carcajadas Emilio.

Griselda lo miró enojada, tomó el cuchillo y se dispuso a correr al cerdo.

Luego de uno diez minutos se sintieron muchos gruñidos del cerdo en tono alto, acto seguido Griselda apareció con el cadáver del cerdo que chorreaba sangre.

—Pero vos estás loca ¿matar a un cerdo? ¿andá a saber de quién era?.

—No me interesa de quien era, ahora es mío. ¡A mí la comida no me la toca nadie! Y mi primer trabajo era descuartizar gallinas, conejos y cerdos. — Sin decir ni una palabra más, se dirigió al interior de su casa. Solo se escuchaba el sonido de fuentes metálicas y la heladera que se abría y se cerraba. Pasados unos treinta minutos salió, buscó unas cuantas maderas, papel y prendió el fuego en la parrilla que estaba entre medio de la casa y el muelle.

—Hoy comemos cerdooooo, —dijo Juan riendo mientras se frotaba las manos.

Griselda encaminó el fuego, se metió dentro de su casa y salió con parte del cerdo en una bandeja.

—Ah, ¿sabés cocinar?, —dijo Emilio sorprendido por el despliegue.

—Era sub chef del Hotel La República.

—¿Y de qué se trata el menú? Si se puede saber, sub chef, —preguntó

Juan entre risas.

—Algo básico para una parrilla: cerdo, limón, mostaza macerada, romero y algo de pimentón; ah, me olvidaba, previo baño del cerdo con manteca y ajo.

—Necesita más frío y mucho limón o vinagre, porque te va a seguir sangrando, —gritó desde la otra punta Emilio.

—¿Sabés cocinar Neanderthal?, preguntó Griselda.

—Era chef del Hotel Provincial.

—Eso lo explica todo, Hotel de cuarta, restaurante de cuarta y chef de octava; sucio y desprolijo.

—¡Que te quede rico, zorra!.

—¡Gracias, croto!.

—¿Pongo plato para tres?, —preguntó Juan.

—¡Te callás!, gritaron al unísono Griselda y Emilio.

—Ok, ok, plato para tres, —dijo Juan entre risas, en tanto que los fotografiaba con su vieja cámara.

CAPITULO 3

Miércoles por la mañana

El sol no se llegaba a ver en su totalidad desde la superficie, muchas nubes corrían a gran velocidad y algunas aves en “V—se esforzaban para ir a su destino, a pesar del tiempo. El agua estaba revuelta, y esa mañana no había mucho tráfico marítimo, salvo un pequeño vote con dos pescadores tratando de sacar algunos peces con una gran red. A pesar del clima y de la adversidad, Juan tomó dos cañas de pescar e invitó a Emilio a la aventura. Eso sí, le dio un impermeable con capucha porque el viento probablemente les iba a causar algunos salpicones y río arriba el frío se iba a sentir.

—No quiero que te enfermes en tu segundo día en la isla, —dijo Juan. Así las cosas, arrastraron el bote de pesca de Juan y se embarcaron. En el trayecto desde la casa de Juan hasta el bote, Emilio no hacía más que mirar a la casa de Griselda para ver si había algún rastro de ella. —Muy fina para un día así, —pensó Emilio. El bote tenía motor, pero esa mañana no quería arrancar así que tuvieron que remar bastante, hasta llegar a un canal de aguas calmas. Equipo de mate y algunas facturas los acompañaban para matar el tiempo si la pesca no aparecía.

—¿Estás seguro Juan que vamos a pescar algo?. —Preguntó Emilio.

—Es como dice el dicho mijo: a río revuelto, ganancia de pescador....

—No la tenía esa.

—¿De chico ibas a pescar?.

—No, —respondió Emilio secamente.

—¿Vive aun tu papá?.

—No lo sé.

—Entiendo... ¿no querés hablar del tema?.

—No lo sé Juan, no tuve una buena infancia.

—Yo tampoco. Me quedé huérfano a los 5 años y me mandaron de una tía, en la ciudad. No me gustaba como se trataban mis tíos, así que a los catorce años me vine para la Isla. Esa casa era lo único que me dejaron mis padres. Solíamos venir a pescar cada fin de semana que podíamos.

—¿Qué les pasó a tus papás?, si se puede saber...?.

—Ellos era militantes políticos, y en el bombardeo aquel 16 de junio de 1955^[6] los dos murieron en el acto. Por suerte estaban juntos y haciendo aquello que creían justo. El esposo de mi tía era de la aviación y si bien no había participado en aquel atentado, lo justificaba cada vez que salía el tema

o cuando yo preguntaba. No fueron buenos días aquellos... intentó bajo todos los medios hacerme creer que mis padres eran criminales, y por momentos lo dudé, hasta que a los 13 años me inscribió en el colegio militar. Ahí comprendí que cada uno lucha por lo que cree y que mis padres habían hecho lo correcto. Luego de agarrarme a trompadas varias veces en el colegio me expulsaron, y ahí mi tío me echó de la casa. Yo tenía vagos recuerdos de la Isla, pero cuando me fui con un bolso y algo de plata que les había robado, mi tía me dio las llaves de la casa y me explicó cómo llegar. Al principio no fueron tiempos felices. La casa estaba rota y cada vez que llovía entraba agua y en invierno hacía mucho frío. Un día viendo pescar a un grupo de hombres decidí fabricarme mi propia caña de pescar y pude tener comida constante. Hasta ese momento comía algún animal que cazaba o lo que me dejaban los pescadores que venían los fines de semana. Hubo tiempos de hambruna acá: el río contaminado, los pescados muertos flotando por doquier y el temporal arrasaba con los vegetales de toda la Isla. Pasados dos años pude terminar mis estudios en la Isla. Un grupo de maestras venían dos o tres veces por semana y nos daban clase a los 13 o 14 niños que vivíamos en la Isla. Acá estoy, disfrutando de las pequeñas cosas....

—Y yo que pensé que mi historia era complicada..., —dijo Emilio pensativo.

—¿Y a vos qué te pasó con tu mujer?.

—¿Cómo sabés que estoy casado?.

—El anillo....

—No lo sé, al principio ella era muy positiva, pizpireta, alegre. Después se deprimió y no la pudimos remar... En realidad, siempre tuvo inseguridad. Siempre me planteaba cosas por si alguna vez no estuviésemos juntos....

—¿Cosas cómo qué...?.

—No sé, no recuerdo, pero siempre me hacía pensar que haría yo sin ella, y eso siempre me tuvo preocupado. Como si no me quisiese a su lado.

—O como si te quisiese para siempre... ¿Y vos cómo eras con ella?.

—No lo sé, yo era yo... Igual que ahora.

—Entiendo... En fin... Che hoy no se cumple mi teoría.

—Tranqui, ya van a caer.

“Hoy asume lo que venga, sea para bien o todo mal. Y aunque pierda lo que tenga, se va a morder para aguantar./ Hoy que claro ve las cosas, que ayer no vio, ni va a exigir. Sobre su pena se posa, quiere entender para seguir. Llega la batalla, y contra él estalla,/ algún día va a escampar. Y

como sale de esta, quiere la respuesta / sabe que no es escapar... ”[7].

—¿Es un ritual para atraer peces?.

—Ja ja ja, más o menos, cuando no hay pique canto para calmar ansiedad.

—No sabía que te gustaba el rock?.

—Más o menos, pero escucho toda la música uruguaya que anda dando vueltas.

—¿Extrañas?.

—Más o menos, ja ja ja.

—¿De muy chico te viniste?.

—Más o menos, ja ja ja. ¡Tenés pique nene, tenés pique!, dijo eufórico Juan mientras fotografiaba aquel momento.

—Esa, vamos, mi primer pescado, ja ja ja.

—¿Cómo lo va a hacer el Chef?.

—Cuando saquemos lo suficiente pasemos por el mercado que necesito comprar algunos vegetales, limón, especias y algún queso para gratinarlo.

—¿Algunos vegetales?.

—Sí, lo común: verdeo, puerro, morrón, tomates cherry, alcaparras, y si hay hacemos algunas papas noisette.

—¿Son necesarias las especias? ¿no le quitan el sabor al pescado?.

—Si usas las correctas no.

—¿Y cuáles serías las correctas?.

—Unas pocas, algo de comino, muy poquito pimentón y algunas aromáticas: perejil, ajo, tomillo y salvia.

—Te faltó el orégano.

—Puede ser, no lo había pensado.

—¿Estás seguro que le queda gusto a pescado?.

—Ja ja ja, sí Juan, comida gourmet.

—Yo si lo hago a la plancha le pongo solo sal y limón. Si lo hago a la cacerola primero rehogo unas cebollas, le pongo papas, tomates, arvejas y algo de tuco para que tome gusto. Solo eso....

—Creo que lo más simple es mejor. La moda nos llevar a usar un montón de cosas, que te confieso: le cambian el sabor.

—¡Lo sabía!

—¡Tenés pique Juan, tenés pique!.

—¿A río revuelto?.

—Ganancia de pescadores, ja ja ja....

Así pasaron la mañana, hasta que decidieron regresar a cocinar aquello

que habían pescado. Risa va, risa viene, se iban acercando al muelle cuando divisaron que Griselda se bajaba de un bote en el que había otros tres hombres. Se escuchó que les agradeció el paseo y bajó ella también con unos cuantos pescados en una bolsa.

—Parece que todos pensamos lo mismo, —dijo Juan mientras acomodaban el bote. Griselda los ignoró por completo y se dirigió al interior de la casa.

—¿Vos prendés el fuego nene?.

—Sí, no hay problema, lo intento.

—Yo junto algunas leñas.

—Dale Juan, lo intento, el fuego no es mi fuerte, pero lo intento.

En paralelo Griselda y Emilio prendieron el fuego. Ella lo logró naturalmente. A él, se le apagaba constantemente así que tomó algunos carbones que había en la casa y le echó aceite al fuego para avivar la llama. Ella lo observaba y le ponía caras de desprecio ante la incapacidad del hombre de no lograr prender el fuego. Los dos desplegaron su set de cuchillos, los vegetales, las especias y salaron los pescados. Entre preparativo y preparativo, cada uno observaba lo que hacía el otro a gran velocidad, como una competencia culinaria. Cuando parecía estar todo encaminado, una gran tormenta apagó el fuego de ambos. Juan como pudo tomó algo de pescado de la parrilla de Emilio y se dirigió al interior de su casa. Emilio y Griselda, como podían juntaban sus cosas.

—Vengan a casa que ya lo metí en la cacerola, —gritó Juan.

Emilio como pudo entró sus cosas, tomó algo de pan y se metió en la casa de Juan. Griselda hizo caso omiso a la invitación y se dirigió a paso rápido hacia su vivienda, pero un viento cerró su puerta con la llave adentro. Empezó a patear la puerta de bronca y a insultar al aire.

—Nena, no te mojes, vení y comé algo calentito, —insistió Juan.

Con mucha bronca se sumó al almuerzo en lo de Juan.

En una punta estaba sentado Emilio, con la cabeza gacha, en la otra ella mirando para todos lados, y en el medio de la mesa de pino estaba Juan, observándolos sonriente.

—No es la comida de un Chef, pero está calentita... Coman, coman, —dijo Juan. Ambos apenas probaron el pescado, incómodos por compartir la mesa en un lugar tan pequeño y con un olor peculiar: ropa sucia arriba de la cama, platos sin lavar, zapatillas y medias por doquier completaban la escena.

—¿No les gusta mi restaurante?, —preguntó Juan.

—Un poco sucio y desprolijo, —dijo entre risas Emilio para romper el hielo. Griselda no aguantó la tentación y se echó a reír a carcajadas, Juan lloraba de la risa e hizo un selfie con los invitados.

CAPITULO 4

Jueves por la mañana

Día soleado. Juan ya tomaba su segunda ronda de mates. Emilio abrió la puerta de su casa y con prisa y sin pausa salió como disparado Eusebio, que se posó bajo las piernas de Juan. Emilio salió en su búsqueda y Eusebio lo identificó con sus ladridos.

—Eusebio, Eusebio... vení para acá.

—Dejalo, no molesta. ¿Querés un verde?.

—Dale, no me dio tiempo ni a desayunar. Hace como una hora que está dele lambetearme la cara.

—Vení nene, sentate....

Entre mate y mate Eusebio iba y venía, estaba muy inquieto. En eso, empezó a tirar con el hocico de una manta que estaba justo al lado de donde ellos tomaban mates.

—Eusebio dejá eso.

—No hace nada, déjalo....

—Pero no puede morder todo lo que encuentra.

—Es cachorro aun, y eso no es más que un viejo horno de barro.

Emilio se levantó sobresaltado, destapó el horno y no dejó de contemplarlo de punta a punta. Abrió su puerta y sopló dentro para sacar el polvo que tenía dentro.

—¿Hace mucho que no lo usás Juan?.

—Y... como seis meses.

—Tengo los mejores recuerdos en estas cosas.

—¿Qué comemos hoy chef?.

—¡Pizzas! ¿Te va?.

—Me re va, ja ja ja.

—Bueno, voy al mercado y vengo, ¿lo limpiás?.

—Sí, Chef.

Emilio buscó sus cosas, tomó el bote y salió entusiasmado al mercado, en eso que estaba por poner en marcha el motor (ya restaurado) Griselda salió corriendo de su casa a los gritos: “Esperá, esperá, yo también voy de compras.

Juan sonrió y Eusebio se tapó los ojos con sus patas.

Casi como un acto reflejo, Emilio se olió las axilas y se observó en el celular.

—Estás bien, hoy estás bien. —Dijo Griselda sonrojada.

—Ok, salgamos, —dijo Emilio sin mirarla.

El viaje fue en armonía y silencio. Ella observaba el paisaje, y él entre tanto y tanto la miraba de reojo. No cruzaron ni una palabra hasta que llegaron al mercado.

—Es acá, —dijo él mientras estacionaba el bote.

—Sí, conozco, ya vine varias veces... Escuché que hacen pizzas hoy....

—Sí, así es el menú hoy.

—¿Podemos compartir el horno?.

—Claro, como no. Hací tus compras y nos vemos acá en una hora.

—Ok, nos vemos entonces.

Ambos compraron diferentes ingredientes y harinas para lucirse y demostrar de qué estaban hechos. Ella llegó más tarde de lo pactado. Él la esperaba en la punta del bote con un porrón de cerveza.

—¿Vamos Griselda?.

—Vamos, ¿me convidás un traguito.

—Sí, como no....

El viaje de regreso fue un calco al de la ida, vistas al paisaje y cruce de miradas. Llegaron, cada uno fue a su casa y comenzaron los preparativos del almuerzo.

El primero en salir fue Emilio, tenía lista la masa y los ingredientes: verdeo, champiñones, cebolla morada, tomates cherry y frutos rojos.

—¿Eso es el almuerzo o el postre?, —preguntó Juan.

—El almuerzo.

—¡Qué bueno el Campari, me encanta Campari con pizza!.

—No es para tomar, es para la salsa.

—¿Va a tener gusto a pizza?.

—Dormí sin frazadas Juan.

Ella salió y observó el menú. En sus manos había una bandeja llena de mariscos.

—Bueno, menos mal que tenemos gustos diferentes.

—¡Ah, pizza con mariscos es mi debilidad, —dijo Juan!

Ella dejó sus ingredientes sobre la mesa de pino que estaba cerca del horno y de repente se sorprendió por el sonido de su celular, sonaba con una sirena de policía.

—¿Y ahora qué pasa?, dijo ella en voz alta, y se apartó hacia el muelle. Solo se la escuchaba gritar: “¡No te puedo creer que te duraron dos días la

tranquilidad con los nenes!... ¿Cómo qué renunció Laura?... ¿Qué le hiciste cerdo?... ¡Te quedaste con todo! ¿Y me pedís plata? ... No te alcanzó con ella... Me quedé en la nada misma... ¿Qué te importa dónde estoy?... Ok, ok, no hagas más lío, después te transfiero eso... Yo no puedo creer, te quedaste con mi trabajo, con las dos casas, con los dos autos, con la niñera, ¡y encima me pedís plata!... Esta casa es de mi abuela, ¿Querés mi herencia también?... ¿Cómo que me demandaste para pedirme la casa de mi abuela?... ¡Vos no tenés cara!... Vos me pusiste una perimetral con mis hijos, con mis hijos que me adoran y a vos te odian, ¡no tenés códigos desgraciado!... ¡Anda a la puta que te parió hijo de puta!... Sí, denúnciame por violencia de género también... Ya sé que me estás grabando, ¡anda a la concha de tu madre puto!

Griselda cortó y se dio cuenta que Juan y Emilio la miraba sorprendida. En parte se explicaba su malhumor.

Ella sin decir nada, corrió a Emilio del horno y comenzó sus pizzas con mariscos.

—Yo estuve casado una vez... —dijo Juan.

Ella miró a Juan y sin decir nada siguió con su labor.

—Éramos jóvenes los dos, muy jóvenes.

—¿Qué pasó Juan con tu esposa?, preguntó Emilio.

—Yo estaba arreglando el techo que nos había destrozado el temporal y ella con nueve meses cumplidos de embarazo, no paraba de caminar por el muelle, estaba muy ansiosa. De repente se quedó inmóvil, paralizada y pálida. Le pregunté si estaba todo bien y me dijo que había roto bolsa. Como pude me bajé del techo, la subí al bote y empecé a remar. Tardamos 45 minutos en llegar a la salita. El problema fue que ese día era un jueves y el médico iba los viernes. Lo llamaron de urgencia, pero tardó tres horas en llegar. Ella pujó, pujó y pujó, pero el bebé no salió. Murió asfixiado, y a las dos horas falleció ella. Cuando el doctor llegó ya todo había sucedido. A la salita no pude volver más.

Mientras Emilio y Griselda observaban el relato sonó el celular de Emilio: “Hola, ¿diga?. —Preguntó con calma Emilio y puso el manos libres, esperando una conversación diferente a la de Griselda, y además estaba conmovido por el relato de Juan.

—¿Hola?.

— ¿Hola me decís caradura?.

—Emilce, estoy en la Isla, ¿qué pasa?.

—Ya sé que estás en la puta Isla. ¿Me transferiste?.

—Sí, ayer.

—¿Cuánto hijo de puta?.

—Lo que acordamos.

—No me alcanza con eso. Con esa miseria solo pago el alquiler y el colegio de los nenes, ¿y el personal trainer? ¿Y el masajista? ¿Y la peluquería? ¿Y el sushi? ¿Y la propina del valet parking? ¿Con qué se supone que pago eso?.

—Es la mitad de los gastos de los nenes.

—No me alcanza Emilio.

—¿Y si trabajás?.

—Trabajo dos horas por día... ¿Qué más querés que haga?.

—Achicá los gastos.

—No puedo, ¿en qué idioma hablo yo?.

—No lo sé, recortá algo boluda.

—No me insultes porque te denuncio!.

—Es una forma de decir, boluda.

—Te estoy grabando y ya mismo mando esto a la abogada, no vas a ver a tus hijos en cinco años inútil.

—No me vas a hacer enojar, ya no estás conmigo, arreglátelas.

—¿Arreglátelas? No sé ni cambiar los pañales a Benjamín, y tuve que contratar otra niñera, ¿cómo que arreglátelas?.

Sin más, Emilio cortó la comunicación, corrió a Griselda del horno y preparó sus pizzas con Campari y frutos rojos.

—Compré cerveza importada, —dijo Juan para romper el hielo.

—¡Te callás!, dijeron ellos al unísono.

—Menos mal que no tengo ex, —dijo Juan entre risas y todos estallaron en una carcajada. —Chef, en este horno salen unas lindas empanadas.

CAPITULO 5

Madrugada del viernes

La luna llena iluminaba el río por completo, según dicen hacía 30 años que no resplandecía de tal forma. Algunas creencias postulan que en luna llena es tiempo de curación. Eran cerca de las dos de la mañana y Juan salió por la puerta trasera de la casa, se arrodilló en el deck y comenzó a rezar. Luego de unos minutos varios maullidos de gatos interrumpieron la oración. Abrió grande sus ojos, chistó, se levantó y se acercó a los gatos que no registraron su presencia. Eran dos machos peleándose por una gata en celo. Alcanzó a tomar del lomo a la gata y a un gato, el otro para defenderse lo arañó y le alcanzó a dar algunas mordidas. Tomó los dos gatos como pudo y se dirigió al interior de la casa. Luego de unos minutos se escuchó maullar fuertemente a los gatos. Emilio ni registró la actividad en el exterior, pero Griselda alcanzó a asomarse y veía en penumbras a Juan golpear con un objeto sobre la mesada de su casa. Poquito tiempo después el silencio volvió a la Isla y Griselda continuó con su ritual a Morfeo y Juan con sus plegarias.

Por la mañana temprano Griselda se dirigió al muelle para hacer sus usuales ejercicios de meditación, Juan por su parte caminaba de una parte a la otra del muelle a gran velocidad, murmurando para sí y con la cabeza gacha.

Emilio se despertó y tomó sus usuales mates con su música reproducida por el celular. Dos o tres veces Juan lo miró con desprecio y le chistó para que baje la música sin dirigirle una palabra. Emilio sorprendido la miró a Griselda y le hizo gesto con la mano como diciendo “qué le pasa a este tipo, está loco,” Griselda contestó con gestos diciendo “ni idea qué le pasa”.

Juan avizó la comunicación entre ambos y se dirigió al interior de su casa murmurando

—Los únicos que pueden tener un mal día son ustedes, —sin más, se dirigió a su casa y comenzó a realizar golpes de puño contra la mesa y a revolver ollas y todo tipo de objetos metálicos. En eso se escuchó a un gato maullar fuerte y eso asustó a los vecinos. Luego de unos minutos volvió todo a la normalidad.

Emilio decidió acercarse sigilosamente a la ventana de Juan para observar lo que sucedía. Quería ver si Juan había enloquecido o si transitaba algún tipo de enfermedad, producto de sus años. Lo primero que vio fue a Juan sonriente murmurar una canción: *Tili tili bom cierra tus ojos ahora alguien está caminando fuera de la casa y toca a la puerta Tili tili bom los pájaros*

nocturnos están piando Él está dentro de la casa visitando a los que no pueden dormir. Él camina Él está viniendo se acerca Tili tili bom ¿Lo escuchas acercándose? acechando doblando la esquina mirándote justo a ti. Tili tili bom el silencio de la noche oculta todo él aparece detrás de ti y va a atraparte Él camina Él está viniendo Se acerca... [8]

Emilio comenzó a transpirar, no entendía por qué había pasado de la violencia a cantar una canción de cuna, ¿a quién? ¿para qué? Juan notó que había una sombra cerca y comenzó a pronunciar algunas palabras:

—Cuando yo era chiquito mi mamá me cantaba esta canción para que me durmiera, y si no me dormía comenzaban los golpes, golpes y más golpes. — Mientras Juan decía estas palabras golpeaba con un palo de mazar sobre un pedazo de carne que sangraba. Emilio se puso en cuclillas para ver de dónde provenían los chorros de sangre producto de aquellos golpes, pero los movimientos de Juan se lo impedían, hasta que Juan se agacha para sacar una cuchilla del cajón y ahí pudo ver que se trataba de un gato, en ese instante Juan tomó la cuchilla y cortó de una sola tirada la cabeza de aquel gato. Esto sobresaltó a Emilio, quien se agachó y quedó en cuclillas debajo de la ventana muy sobresaltado.

—Cuando no había qué comer en la Isla, nos teníamos que conformar con comer gato por liebre, —dijo Juan, en tanto que Emilio se retiraba lentamente.

Emilio se dirigió al muelle de Griselda y se sentó sin decir una palabra. Griselda lo miró y continuó con su caña de pescar intentado sacar alguna presa.

—Tengo pique, tengo pique, —gritó Griselda que logró captar la atención de Emilio. Los siguientes minutos fueron de pesca continua como hacía años no sucedía en la Isla.

—Dicen que en luna llena no se pesca, —dijo Emilio.

—También dicen que los peces están más activos y necesitan más alimentos, —respondió Griselda. ¿Por qué no buscás tu caña a ver cuál teoría es la correcta?, agregó ella.

Emilio que aun no había salido de su estado de shock, fue de manera casi automática, agarró sus cosas y la acompañó en la actividad.

—Parece que viste un fantasma, ¿qué le pasa al viejo loco?, preguntó Griselda minimizando la situación.

—Vos lo dijiste, está completamente loco. Pude ver cómo descuartizaba un gato y pude ver de refilón que en la heladera había algunos más. Cuando

me retiraba decía que eso era lo que sucedía en épocas de hambruna en la Isla, palabras más palabras menos....

—¡Tenés pique Emilio, tenés pique!, —dijo Griselda con entusiasmo. Esas palabras efusivas seguidas de varias sonrisas lograron que se olvidara por algunos instantes del tema de los gatos.

La noche comenzaba a asomar y los chefs estaban dispuestos a una competencia culinaria. Ambos desplegaron sus sets de cuchillos y comenzaron con los preparativos de la cena. Ella tenía varios vegetales y los pescados. Él solo especias, limón y sal.

Griselda untó suavemente a los pescados con manteca, cortó prolijo los vegetales (tales como cebolla de verdeo, puerro, tomates cherry y morrón), luego de colocarlos uno a uno de manera muy prolija se dispuso a colocarlos a la parrilla a fuego lento. Todo ese preparativo fue muy lento para los tiempos de una cocina para los que Emilio estaba acostumbrado, pero no pudo decirle ni una palabra, esos suaves gestos de mano, acompañado por caras de ternura de ella al preparar ese plato habían hipnotizado por completo a Emilio. Ella se dio cuenta que él la observaba y sonrojada no dudó en preguntarle: “¿Qué mirás chefcito? ¿te olvidaste tu receta?.

—¿Siempre hacés todo así tan metódico?, —dijo él mientras ponía solo sal y limón al pescado.

—¿Así cómo?.

—Paso 1 untar el pescado, paso dos cortar el morrón, paso 3 cortar el verde, paso 4, paso 5....

—En la cocina se ve la personalidad del chef: metódico, detallista, profesional y prolijo. La comida entra por los ojos.

—Pero se hace con las manos, con el corazón y con pasión.

—Una cosa no excluye a la otra.

—Verte a vos prepararlo me recordaba a esos canales de cocina para doña Rosa que no sabe hacer ni un huevo frito, no me despertó pasión, para nada.

—Hacerlo desordenado desprolijo y a las apuradas no te asegura pasión.

—¿Me prestás las alcaparras y la albaca morada?.

—¿Alcaparras le vas a poner?.

—La pasión muchas veces necesita de la innovación.

—Pero las alcaparras tienen un sabor muy invasivo.

—Será fresco, intenso y suave a la vez, para el paladar.

—Como quieras chef ¡hacé de tu pescado un cambalache!.

En tanto que ella cortaba más vegetales se rasuró un dedo con uno de sus cuchillos, sangraba mucho. Emilio se acercó, cortó la punta del delantal y le aprisionó el dedo para que no siga sangrando.

—¡Esto no me puede pasar hoy!.

—Yo te ayudo, —respondió Emilio. Tomó su mano lastimada, la apoyó sobre la mesada suavemente y acompañó los movimientos de su otra mano con las suyas. De tanto en tanto pasaba por detrás de ella (muy cerca, al punto tal que ella sentía su respiración en la nuca) y tomaba los ingredientes de un lado y del otro. En un momento que él se detuvo detrás de ella, Griselda giró su cabeza, lo tomó de la cintura y lo besó. El pescado quedó en la parrilla, tomaron el vino blanco de la heladerita y se dirigieron al interior de la casa de Griselda.

En esa parte de la Isla solo quedaría la luna que iluminaba el muelle, y el humo del fuego que se iba apagando poco a poco. Desde adentro de la casa de Juan se vio un destello de luz blanca.

CAPITULO 6

Sábado por la tarde

No había rastros de Juan desde el día anterior. Griselda y Emilio tomaron, con cierto temor, prestado el bote y se dirigieron al mercado. En la velada la noche anterior se habían propuesto un desafío culinario: hacer carne asada, que alguien debería probar, y el ganador propondría un reto a la otra persona. Las alternativas que manejaron, en medio de la velada romántica, fueron de las más variadas: si el perdía tenía que pescar desnudo de noche con los ojos vendados o bien cocinar alguna de las recetas de ella, también con los ojos vendados; si ella perdía él le había propuesto atarla a la cama con los ojos vendados y hacerle el amor o bien cocinar en el muelle con ropa interior a la vista de los pescadores. El viaje fue en silencio, pero con miradas y sonrisas cómplices. El tema que les preocupaba era, con Juan desaparecido, a quién hacer probar el asado. A lo que ella propuso contactar a los tres pescadores que la habían acompañado días atrás. Si bien el asintió la propuesta le resultó al menos incómoda.

Al llegar al mercado cada uno fue por su lado, buscando cada uno un corte de carne que pueda estar a la altura del desafío. Ella eligió varios cortes pequeños de carne, pero bien diferentes: picaña, bondiola de cerdo, lomo y algunos vegetales para acompañar en la parrilla. En el caso de él fue más convencional, directamente optó por un pedazo de costillar de novillo para hacer a la cruz.

Cada uno desplegó su set de cuchillos y sus respectivos cortes de carne. A la distancia él veía que eran varios cortes pequeños de carne, pero no llegaba a darse cuenta bien de qué se trataba. En el caso de él fue más evidente al tomar tres pedazos de hierro y unirlos con alambre que luego clavaría en la tierra, y cual ritual isleño rodeó con troncos que recolectó en el fondo de su casa.

Prendió el fuego y colgó la carne en tanto que ella sazonaba los pedazos de carne con manteca, ajo molido, limón, y en el caso de la bondiola le adhirió bastante mostaza macerada. Sus preparativos eran mucho más sencillos: ponerle sal gruesa y fuego al costillar. Emilio no pudo más con la intriga y se acercó a ver ese olor especial que le llamaba la atención. Se inclinó a la parrilla y no pudo con su genio: “Estás arrebatando la carne.

—Vos encárgate de tus cosas que yo hago bien las mías, no te olvides que

somos rivales y no me gusta perder a nada, menos con tus propuestas de reto.

—¿Es la primera vez que hacés asado?

—¿Qué te hace pensar que es la primera vez que lo hago?.

La arrastró casi a la fuerza, cosa que a ella la disgustó, y le hizo poner la mano sobre la parrilla. A los cinco segundos ella saltó de un grito: “Ayer me ayudaste con la mano herida y hoy me la prendés fuego, ¿cuál es tu problema?.

—Si el fuego está a la temperatura correcta, la mano tiene que aguantar al menos 10 segundos a unos pocos centímetros de la parrilla sin inmutarse, como verás estás por quemar la carne.

—Mejor para vos, ganarás....

—¿No aceptás ninguna sugerencia?.

—No de alguien que subestima cómo una mujer hace asado.

—Las mujeres están para cortar vegetales y hacer pasta, si es demasiado buena en mi cocina la dejo hacer pizzas.

—En tu cocina no trabajo y conocí muchas mujeres hacer asados mejor que el tuyo que se está quemando. —En eso Emilio volteó su cabeza y pudo ver que la punta del costillar estaba en llamas. Arregló el desastre de su costillar y volvió al ruedo.

—¡Te dije que no le pongas más fuego!.

—No me interesan tus sugerencias.

—De subchef no vas a pasar nunca, en cualquier restaurante 5 estrellas tenés que saber hacer carne asada, es vital para los turistas.

—¿Lo dice alguien que cocina paninis para vendedores ambulantes?.

—Lo dice alguien que estudió en Francia, obtuvo su segunda estrella y decidió volver a hacer lo que se le canta de la vida.

—¿Dos estrellas y terminás en un boliche de cuarta?.

—Dos estrellas y cuando me buscaron para la tercera desistí, quería mi propia casa, mi familia, ya estaba cansado de vagar de un hotel a otro.

—O sea que todas malas decisiones....

—¿Veó que a vos te fue bien también en tu matrimonio?.

—¿Qué tiene que ver el matrimonio con la cocina?.

—Diste a entender que fracasé en todo....

—Eso lo dijiste vos, yo solo objeté desistir de tu tercera estrella para fracasar acá en Argentina.

—Me intriga esa bondiola, ¿qué le pusiste?.

—Los secretos de la cocina son eso: secretos.

Emilio tomó un cuchillo y cortó la punta de esa bondiola. La saboreó por unos segundos e instantáneamente sus pómulos se enrojecieron y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Dale che, no está tan caliente, no exageres....

—Mi papá era un chef muy reconocido internacionalmente y la última vez que lo vi tenía doce años. La noche anterior cocinó una bondiola como esta, sazónada con manteca, ajo, limón y mostaza, había quedado acaramelizada, como esta. —Sin decir ni una palabra más se retiró y siguió con su costillar: mirada perdida, pocos movimientos de fuego y algo de ajo triturado con sal que le echaba con una botella, para refrescar y dar ese sabor distintivo que tanto buscaba. No hablaron más durante la cocción. Pasadas las nueve de la noche llegaron los tres hombres para hacer la degustación. Probaron cada bocado de ella, incluidos los vegetales, y luego fue el turno del costillar. Cada vez que probaron, anotaron en una libreta que ella les había dado. Probaron dos a tres veces cada corte y lo rebajaron con un blend Malbec. Luego de hora y media de estadía se fueron retirando uno a uno.

—¿Y las calificaciones? ¿Quién ganó?, —preguntó Emilio.

—Qué importa quién ganó, comimos ricos y ya nos vamos, —dijo uno de los hombres mientras subía al bote.

—No todos los cortes son iguales, —alguno les gustó más, supongo....

—Ahí dejamos las calificaciones a Griselda, preguntale a ella quien ganó campeón.... —Dijo otro de los hombres mientras el bote se alejaba. Él se dirigió a ella con la cabeza gacha, y ella con mirada cómplice sobre uno de los botes guiñó sus dos ojos con la linterna posando sobre su pera, acto que fue respondido de igual manera por los tres hombres.

—¿Quién ganó?, —insistió Emilio.

—Míralo con tus propios ojos. —Contestó ella.

Luego de mirar las anotaciones de los pescadores sin vacilar dijo:

—¿Qué les ofreciste para que sean unánimes?

—¿Qué insinuás?.

—¿Qué no me costó nada acostarme con vos!

Con furia e impotencia ella se acercó a él y atinó a pegarle algunas cachetadas, él la frenó e intentó besar. Ella lo pateó en la entrepierna y se fue a su casa.

—¿El alcohol te pone denso o es que cocino mejor que vos la carne asada?, —dijo ella mientras se retiraba.

Emilio se tomó la frente con las dos manos, pateó las brasas del fuego,

tomó la botella de vino de la mesa, se dirigió al muelle y compartió sorbos de vino tinto con lágrimas que caían inevitablemente de manera ligera por sus pómulos.

CAPITULO 7

Lunes por la mañana

Muy temprano en la mañana Juan regresaba con su bote, y ahí estaba Emilio sentado en el muelle con el torso desnudo y en bóxer pescando. De Griselda no había tenido más novedades, de hecho durante todo el domingo ninguno de los tres se hizo visible en el muelle. De tanto en tanto Emilio se tapaba los ojos e intentaba tirar la caña con sus ojos tapados, el resultado siempre el mismo: desde pegarle con la plomada al muelle hasta enganchar objetos con los anzuelos, así las cosas, se resignó y quedó sentado tratando de tomar alguna presa o simplemente pasar el tiempo.

Juan bajó se su bote con las compras hechas en el mercado, y sin decir una palabra se fue a su casa. Emilio notó su presencia, pero estaba demasiado metido en sus pensamientos. Recién como a las 11 de la mañana Griselda salió con su canasta con comida, la apoyó en la mesa y se fue al muelle de su parcela a realizar los ejercicios de meditación. De tanto en tanto Emilio la miraba de reojo esperando que ella le haga algún gesto, que le devuelva una mirada y que deslice alguna sonrisa., pero nada de eso sucedió. Juan se acercó a Emilio con mates y le convidó uno, Emilio asombrado sin decir ni una palabra se lo aceptó y continuó con su mirada al horizonte.

—¿Se trata de un ritual especial la vestimenta?, —preguntó Juan tímidamente.

—No, nada de eso, es solo una promesa, y no se te ocurra sacar fotos, —dijo Emilio con una tibia sonrisa. Esas palabras captaron la atención de Griselda, que miró de reojos, chistó y siguió con sus cosas.

—¿Le prometiste algo a los dioses?.

—No, perdí una apuesta con ella y la estoy cumpliendo.

Griselda abrió grande sus ojos y sin pelos en la lengua esbozó:

—La apuesta era completamente desnudo y a la vista de los pescadores, no a las seis de la mañana cuando los gallos duermen. —Se levantó y se fue al interior de su casa, tras ella salió Eusebio ladrando como entendiendo que le hablaba a su dueño. Ella lo apartó con la mano, pero el perro insistía en ladrarle tras sus pasos, ella cansada tomo una revista que tenía sobre el sillón que estaba en el hall de la casa y le pegó en la cabeza, Eusebio le gruñó y salió disparado. Fue directo a su canasta, la tomó por las manijas y la botó al río. Ella observando lo sucedido empezó a los gritos, primero dirigidos al perro y luego a su dueño. Emilio salió corriendo y trató de juntarle uno a uno

los objetos. Griselda salió de la casa enfurecida y no paraba de gritarle cosas a Emilio, mientras él se esforzaba por dejar todo en su lugar. Fue en ese momento que una nube negra se posó sobre la Isla y gotas muy grandes acompañadas por algún granizo cubrió todo el panorama. Ella se fue corriendo a su casa y él fue tras ella.

—Acá están todas tus cosas... bueno, casi todas... decime después qué te falta y yo te lo repongo.

—Esto es un desastre, todo embarrado, para que quiero un sándwich mojado y manzanas con barro... ¿dónde están los cubiertos?.

—Te dije que te repongo lo que falte, —dijo Emilio con tono de arrepentimiento, todo mojado y en la parte exterior de la casa.

—Pasá, sécate y te vas.

—Gracias.

—Esto no arregla las cosas.

—Lo sé.

—Mejor así, entonces....

—Mirá, yo sé que estuve mal, pero no sé cómo pedirte disculpas... Estoy realmente arrepentido, —dijo con tono vergonzoso y su cabeza gacha.

—Ya está, ya pasó, igual eso no cambia tu actitud horrible del otro día.

—Lo sé, pero déjame mostrarte que soy diferente y que eso fue solo un error, —dijo Emilio arrodillado mientras le tomaba la mano.

—No sé, déjame pensarlo. Ahora ándate y no hagas más el ridículo.

—No me importa hacer el ridículo si eso me devuelve tu perdón, y estoy dispuesto a más para que lo entiendas.

—Bueno, veremos, veremos....

Emilio le beso la mano, se paró y la miró con los ojos a media asta. Ella sin mover ni una pestaña se quedó muda e inmóvil. Él se retiró, fue al muelle a buscar las cosas y se metió en su casa, acompañado por Eusebio que ladraba y movía la cola contento por lo que le había hecho a la persona que había osado gritarle a su dueño.

Por la tarde el cielo se abrió y Juan prendió el fuego. Emilio despertó de su siesta y se acercó al fogón.

—¿Hoy cocinás vos?.

—Sí, picaña con morrones rellenos.

—¡Qué buena onda! ¿qué le pusiste a los morrones?.

—Queso blue, como dicen ustedes, hongos y unos arándanos, —dijo Juan

entre risas.

—¿Y esa combinación?

—La leí el domingo en la revista de un diario.

—¿Te llega el diario?

—No, temprano en la mañana me fui al mercado, comí algo ahí y después de mucho tiempo fui al café que está frente al mercado y mientras tomaba un ristretto leí algo, y de escucharlos a ustedes hablar tanto de recetas fue que me robé esta idea.

—Yo solía hacerlos igual, pero sin los arándanos; también hacía unos rellenos con queso brie, salchicha alemana y mostaza.

—¡Qué interesante!.

—¿Qué pasó con la bruja?

—Nada, diferencias de chefs.

—¿De chefs enamorados?

—No, qué decís, —dijo Emilio sonrojado.

—¿Tan grave fue para que te grite así?

—Y...sí, la verdad me equivoqué y no sé cómo pedirle disculpas.

—Lo clásico: rosas, chocolates y tiempo.

—Sabés que sí... bueno préstame el bote que voy por las rosas y el chocolate, el tiempo... espero esté a mi favor.

—Dale, andá que yo hago esto muy despacito... ah traete un vinito del mercado, —dijo Juan mientras Emilio subía al bote.

Chocolates en mano, recorrió todo el mercado en busca de flores, pero no había ningún puesto que se le pareciera, hasta que una señora le preguntó qué buscaba: “Flores, busco flores.

—¿Qué tipo de flores?

—Las más lindas que haya.

—Para buscar con tanto amor, deben ser para alguien especial.

—Muy especial....

—Hace años que nadie busca flores en esta Isla, solo comida y alcohol. Ve esa esquina de allá.

—¿La del café?

—Sí, esa, a la vuelta está el último puesto de flores de toda la Isla.

Emilio compró tres docenas de rosas y un ramo con un mix de flores muy bien decoradas, compró algunos objetos más que le servirían, subió al bote y partió apresurado a su encuentro con el perdón.

Llegada la nochecita, Griselda se despertó por el olor a comida y salió de la casa desperezándose. En la baranda del hall había una nota:

Corté cada pétalo con mis labios, pensando que ellos eran provenían de tu boca, los coloqué uno a uno pidiendo en cada uno un deseo de perdón. Puse estas velas tratando de iluminar tu camino. Compré estas rosas y chocolates para que te ayuden a olvidar cada gesto mío que te lastimó. Cumpliré mis promesas para demostrarte que hay alguien que te piensa y que cree profundamente que vales la pena. Iluminaré la noche para que puedas ver con claridad la transparencia de mi alma. Emilio

Griselda levantó su vista y vislumbró un camino de pétalos rodeados por velas, sobre la mesa un ramo de flores con chocolates y en el mismo instante que los tomó, Juan encendió múltiples fuegos artificiales que iluminaron cada parte del muelle. En la esquina estaba Emilio, completamente desnudo, con los ojos vendados intentando pescar, y en su espada escrita con marcador la leyenda: In my life, ¡I love you more! Y seguido de eso la misma canción con la que se conocieron en volumen muy alto: *There are places I remember all my life, though some have changed some forever, not for better some have gone and some remain all these places had their moments with lovers and friends, I still can recall some are dead, and some are living in my life, I've loved them all but of all these friends and lovers there is no one compares with you...*^[9]

CAPITULO 8

Martes por la mañana

Todo había vuelto a la normalidad en la Isla. Parece ser que la luna cumplió su cometido y sanó haciéndole honor a Hestia, quién según la mitología griega es la diosa que da calor y vida a los hogares, de ahí que se la relaciona con la cocina. Hestia era la primera a quien se le hacían las ofrendas en los banquetes, incluso antes que a Zeus.

Ese martes estaba muy fresco, una ola polar atrajo una correntada con pejerreyes que habían quedado estancados en un canal. Esa noticia era muy importante para los isleños, sin más, Juan los levantó con el amanecer, los proveyó de chalecos y equipamiento adecuado. Mate en mano se embarcaron en búsqueda del banquete del día.

La discusión era cómo iban a ser cocinados esos pescados. Emilio sostenía que tenía que ser a la forma tradicional: harina, aceite y limón.

—Los pejerreyes se cuecen fritos, —sostenía. Para él los sabores son simples y puros, tienen que llenar el estómago y el corazón.

—Una comida te tiene que remontar al mejor de tus recuerdos, —agregaba. Aunque algunas veces los recuerdos de innovación francesa le hacían cambiar de idea. En cambio, Griselda sostenía que el alimento, efímero como tal, debía ser sutil, suave y delicado. Su receta era más sofisticada: trocitos de pejerrey al horno, decorados con perejil, tiritas de morrón y queso brie. A Juan no le importaba nada de eso, él se encargaba del transporte y la degustación. Al parecer Hestia les cumplió y trajeron una abundante cantidad de pescados. Los menús se hicieron probar por el jurado, quien dio el veredicto en favor de Emilio. En realidad, los dos estaban bien, sostenía, pero quería compensar el fraude del jurado anterior y cedió ante la apelación de Emilio a un nuevo juicio. Vino blanco dulce completó el almuerzo y anécdotas de pescadores de la boca de Juan, quién luego del vino se inclinó por una siesta en soledad. Emilio y Griselda a lo suyo, ella tenía que pagar su promesa.

Se sentaron en la punta de la cama, él le quitó suavemente la camisa, desabrochó el corpiño y la agasajó con masajes y besos por doquier. Ella estaba entregada a sus brazos y a sus delicias,

—Acá y en la cocina sos igual de bueno, —le dijo. Emilio la desplazó suavemente, cual padre primerizo recuesta a un bebé, y ató sus manos con un cinturón de tela de ella a las barandas de la cama de cobre. Sus bezos

comenzaron por la planta de los pies y siguieron su recorrido hasta el punto del placer. Luego de unos minutos de suspiro los dos se quedaron mirándose como dos adolescentes enamorados, tomados de las manos.

—¿Cómo fue que te convertiste en chef?, —preguntó ella.

—Mi mamá limpiaba en diferentes casas y yo cuando salía del colegio iba con ella, y llegaba siempre justo para la hora de almorzar. Para entretenerme me iba explicando cómo hacía cada una de las comidas, y así me enamoré de la cocina.

—¿Y tu papá a qué se dedicaba? ¿fue chef, verdad?.

—Mi papá... mi papá. Mi padre luego de dejar la cocina, se deprimió y consiguió trabajo como ferroviario, pero luego de un accidente no pudo trabajar más. Por suerte o mala suerte recibía una especie de pensión o seguro y con eso le alcanzaba para alcoholizarse. Por eso no me quedaba con él... Si no me pegaba a mí le pegaba a mi mamá.

—Debe haber sido duro.

—Sí, lo fue.

—¿Y qué pasó? ¿cómo terminó la violencia?.

—Un día llegué del colegio, y distraído en lugar de ir donde estaba mi mamá me fui directo a casa. Como no tenía más alcohol por tomar me agarró del cuello y me sacó de la casa a los golpes. Los vecinos llamaron a la policía, pero logró llegar antes mi mamá. Tomó una botella y se la partió en la cabeza. Luego de eso no lo vi más. Según dicen terminó internado en un psiquiátrico. ¿Y vos? ¿cómo llegaste a la cocina?.

—Mi historia es más simple, solo para llevarle a contra a mi papá que quería que sea economista. Fui una ofensa para toda la familia. Pero mi papá se vengó y me obligó a casarme con Víctor.

—¿Te obligó?.

—Sí, mi mamá tenía Alzheimer y yo no quería internarla y el sí. La única manera de dejarla en casa hasta sus últimos días era que me case con Víctor.

—¿Y... por qué tanto interés?.

—Obviamente en mí no, en el papá de Víctor que era el accionista mayoritario de su empresa y lo extorsionaba con quitarle todo. Víctor siempre estuvo obsesionado conmigo y negociaron... Eso es todo.

Luego de esa conversación él preparó el mate, unas facturas y se contaron anécdotas de jóvenes, rieron hasta el cansancio. En lo mejor de la tarde unos gritos los desorientaron. Eusebio ladraba y dos nenes le corrían alrededor.

—Amor, llegué... ¿cuál es la casa?, —gritó Víctor, el esposo de Griselda.

—¡Tenés que irte ya! Por la ventana..., —susurró ella desesperada. Ante el inconveniente, él abrió la ventana y sacó medio cuerpo afuera.

—¡Desatame, boludo!, —continuó. Como pudo la desató, ella le revoleó sus pertenencias y se metió bajo las sábanas.

—Es acá, Víctor, casa número 3—gritó ella desde las profundidades de la blanquería.

Emilio, cual amante a escondidas, desnudo y con ropa en mano fue sigilosamente a su hogar procurando no ser visto.

—Se te complicó, —le preguntó Juan, que estaba sentado con Eusebio en las escaleras de su casa.

—Sí, esto es increíble..., —sentenció él y se metió a su casa.

Teodoro y Jazmín corrían por la casa, Griselda en la cama con la sábana por encima de su cabeza, en la esquina de la habitación Víctor que no paraba de mover el pie derecho hacia arriba y hacia debajo de manera muy rápida.

—¿Qué hacés escondida bajo las sábanas, —preguntó Víctor?

—Yo descanso, ¿vos qué hacés acá, y con los nenes?.

—No me quedé bien desde la última charla, y los nenes te extrañan.

—¿Ya los puedo ver? ¿o todavía estoy restringida?.

—Saqué la denuncia, tenemos que volver....

—¿Qué?, —preguntó ella con total asombro.

—Hablé en el restaurante y te devuelven el puesto, tenemos que seguir cocinando juntos.

—¡No hay chances! después de lo que me hiciste.

—¡Me cortaste con un cuchillo!.

—¡Y vos la segunda vez me cagaste con la bachera! ¿te recuerdo la primera?.

—Tenés razón, sé que estuve mal... los dos estuvimos mal....

—¡Sos un hijo de puta y caradura!.

—Hola mamá, —saludó Jazmín.

—Hola mami, ¿qué hacés ahí abajo?, —preguntó Teodoro.

—Hola hijos, vengan abrácenme.

—Estás desnuda mami, —agregó Teodoro.

—Sí, me estaba por bañar y me dio fiaca y me tiré... Esperenme en la cocina que me baño y voy.

La noche los encontró a todos juntos, Juan había decidido unir a los

vecinos en una receta de Emilio con las sobras de los pescados. La receta era muy innovadora para él, pero estaba dispuesto a demostrar sus habilidades ante el chef y la subchef de un Hotel 5 estrellas. El menú: pejerrey a la cacerola, con verdeo, champiñones, morrón, aceitunas negras y salsa de naranja, con guarnición de puré blanco decorado con perejil.

El inicio de la velada era puro silencio, solo se podía apreciar el sonido del río y de algún buque que pasaba. Los comensales dispuestos en una mesa larga de madera con caballetes estaban en completo silencio, ruidos a cubiertos y el cuchicheo de los nenes completaban la escena.

—Muy rico todo, —dijo Juan para romper el hielo.

—Ah, ¿sí?, —exclamó Víctor.

—Hice cosas mejores en mi vida, —agregó Emilio.

—¿Así que sos chef? ...me dijo Griselda.

—Sí, eso hago.

—¿Dónde trabajás?.

—En el provincial.

—Sí, ahora entiendo todo... hacen ricos paninis ahí.

—Muy gracioso.

—Lo digo en serio, de chico cuando estudiaba para chef era parada obligada. Cuando me recibí era parada prohibida.

—¡Víctor! No seas cruel... Estuvo en Paris él, tiene dos estrellas.

—Muy rico todo, —insistió Juan.

—¿En serio, no digas? Y... ¿cuándo te estrellaste? Digo para pasar de dos estrellas al provincial o te refugiaste o envenenaste a alguien, —dijo Víctor entre risas.

—No, nada de eso... Me cansé de la gente mediocre como vos... Permiso. Buen provecho.

—¡No te enojés, en la cocina la verdad es el pilar del sabor!.

—Tu mujer no dice lo mismo, —dijo Emilio mientras se retiraba.

—Chicos a dooormiir, —dijo Griselda. Teodoro y Jazmín se retiraron luego de darle un beso y ella trataba de ignorar esa situación. Juan haría lo mismo que los nenes, le rezaría a Morfeo.

—Muy rico todo, lástima que no da para una foto grupal, —dijo Juan mientras se retiraba.

—¿Qué carajo le dijiste al fracasado este?.

—No le dije nada, lo hizo para hacerte engranar.

—¿No me digas que hoy... con este...? Griselda no podés caer tan bajo,

hasta tus hijos se dieron cuenta.

—¿La bachera te dio mucho prestigio? ¡Forro!.

—Yo duermo con los nenes en la cama, vos dormí en el sofá....

CAPITULO 9

Miércoles por la mañana

Emilio dormía plácidamente con Eusebio a su lado, de repente unos ruidos de golpe a madera lo hicieron abrir sus ojos. Los volvió a cerrar, pero Eusebio lambeteaba su cara y ladraba al compás de los golpes de un hacha en un árbol.

—Fuera abajo, —gritó Víctor, y el árbol irrumpió en la casa de Emilio y rompió el vértice del frente haciendo caer parte del techo.

—¿Qué hiciste boludo?, —gritó Griselda.

—Ups, —respondió Víctor.

La puerta se entreabrió sola y Griselda asomó su cabeza.

—Estás bien?.

—¿Qué quieres que te diga?, —respondió Emilio mientras se levantaba de la cama. Torso desnudo , pelos revueltos y calzoncillos agujereados completaban la escena.

—Yo lo pago vecino, no te preocupes, —dijo Víctor.

—¿Lo hizo a propósito?, —preguntó Emilio en voz baja. Sin más, Griselda se tomó la cabeza y se retiró.

—¡Arreglá esto ya, pedazo de inútil.

Emilio se levantó, y se fue a lo de Juan con Eusebio a canto.

—¿Vamos a pescar Juan?.

—Sí, mejor nos vamos.

En tanto que armaban el bote, Víctor continuaba haciendo leña del árbol caído, ignorando la gravedad de los hechos.

—¡Más te vale que cuando vuelva eso esté arreglado! Si no te rompo tu techo y te bajo los dientes..., —gritó Emilio enojado.

La estadía de Víctor, Teodoro y Jazmín finalizaría esa misma tarde. Griselda habló con sus amigos pescadores y les pidió que arreglen el techo de Emilio, pero hasta el otro día en la mañana nada se podía hacer.

Al regresar en la noche, Emilio vio que estaba Griselda sola en el muelle fumando y tomando un champagne, y su casa seguía en el mismo estado que en la mañana. La miró por unos segundos y se retiró resignado.

—Te la arreglan mañana, —exclamó Griselda viendo cómo él se retiraba sin siquiera mirarla.

—Dormí en casa, —dijo Juan.

—Vamos Eusebio, vamos....

Emilio creyó encontrar paz en la invitación de Juan, pero no recordaba las comodidades del anfitrión: desorden, olor a rancio, platos y ropa sucia, piso con brotes de naturaleza y algunos agujeros en las paredes daban la bienvenida a Emilio y Eusebio. Con un detalle importante: había una sola cama matrimonial. Juan se acomodó en el extremo izquierdo, Eusebio a su lado y le quedó el costado derecho a Emilio. Se acostó sin atinar a quitarse ni el short ni la remera, dio vueltas para un lado y para el otro, se levantó fue a su casa para ver si estaba en mejores condiciones, pero no... “Creo que duermo afuera, —pensó.

Se recostó sobre el sillón que tenía en el hall de su casa, pero uno a uno varios gatos maullando se le acercaron. Se despertó sobresaltado, no sabía si se trataba de roedores, si era una pesadilla o qué...

De repente una melodía suave los ahuyentó:

Tili tili bom cierra tus ojos ahora alguien está caminando fuera de la casa y toca a la puerta Tili tili bom los pájaros nocturnos están piando Él está dentro de la casa visitando a los que no pueden dormir. Él camina Él está viniendo se acerca Tili tili bom ¿Lo escuchas acercándose? acechando doblando la esquina mirándote justo a ti. Tili tili bom el silencio de la noche oculta todo él aparece detrás de ti y va a atraparte Él camina Él está viniendo Se acerca... [\[10\]](#)

—Otra vez ese viejo loco, hoy lo agarro, —pensó Emilio. Los gatos desaparecieron y Emilio encontró a Juan durmiendo. Emilio se retiró y Juan se dio vuelta para verlo, mientras acariciaba a Eusebio con baba que caía de su boca.

CAPITULO 10

Jueves por la tarde

El bote se iba con Víctor y los chicos, y Griselda los saludaba con una tibia sonrisa. Los nenes con lágrimas en sus ojos la miraban con tristeza a medida que el bote se alejaba. Ella se balanceaba con sus manos en los bolsillos y limpiaba las lágrimas que caían sobre sus pómulos.

En la otra punta del muelle Juan y Emilio preparaban el bote para salir de compras. Ambos la ignoraron, pero ella les gritó que quería acompañarlos. Emilio no levantó la vista ni un segundo, siempre mirando al horizonte.

El viaje fue en completo silencio. Al llegar cada cual fue por sus compras y al finalizar habían quedado en encontrarse en el usual café. Los primeros en llegar fueron Juan y Emilio. El silencio y la tensión se cortaban con un cuchillo hasta que Juan rompió el silencio.

—Tan bien que se los veía, tenés que aflojar.

—¿Tengo que aflojar Juan? Vos viste cómo me destruyó la casa ese imbécil, me ninguneó y ella no hizo nada.

—Estaban los nenes ¿qué podía hacer? Se podría haber ido con ellos, pero se quedó.

—Puede ser que tengas razón, igual estoy molesto.

—Y no es para menos.

—Hola ¿ya compraron todo? Acá está tu cámara Juan, gracias.

—De nada. Sí ya hicimos todo, —respondió Juan y le guiñó un ojo a Griselda.

—Ok, me pido una café entonces....

—No, ya nos vamos, —respondió de manera cortante Emilio, tomó sus cosas y se dirigió al bote.

Juan la miró a Griselda y le hizo un gesto como diciendo está enojado. Griselda agachó su cabeza, tomó sus cosas y lo siguió. El viaje de vuelta fue un calco del viaje de ida: silencio de tumba. Al llegar vieron que en la casa de Emilio estaban Emilce, Simón y Margarita (los hijos de Emilio).

Emilio levantó su cabeza y se tomó la frente. —Bingo, —pensó. Cada cual sin decir una palabra se dirigió a su hogar. En el muelle de Griselda, Eusebio y Simón le habían tirado toda la ropa que ella había dejado para secar al sol. Ella se dirigió a su casa sin decir una palabra, tomó la ropa y una de las dos bolsas que había traído del mercado. Al salir vio que un cerdo le había robado la otra bolsa con comida. Enfurecida tomó un cuchillo lo

acribilló delante de los nenes. Emilio no podía creer lo que estaba viendo, los nenes lloraban desconsoladamente, estaban muy asustados. Emilce los tomó del hombro y los metió dentro de la casa, salió al hall y le pidió hablar a Emilio.

—¿Me podés explicar qué hacés con esta loca?.

—Es una vecina y Juan nos llevó de compras, solo eso.

—¿Solo eso?.

—Sí, y te recuerdo que estamos separados y en proceso de divorcio.

—De eso te venía a hablar.

—¿Qué querés hablar? Te olvidás que me fuiste infiel....

—Sí, lo recuerdo. Pero vos me ignorabas por completo, hacía un año que no me tocabas ni un pelo.

—Dos veces me fuiste infiel, y me enteré por los vecinos. ¿Cómo pretendés que vuelva? ¿con qué cara vuelvo yo?.

—Podrías dejar el orgullo y tu ego de lado, aunque sea una vez. No vuelvas por mí, hazlo por los chicos, no podés estar así aislado. Ellos te extrañan.

—Cuando se me pase todo, iré regularmente a verlos, ahora no es momento.

—¿Cómo pensás alimentarlos con esta vida de hippie?.

—¿No recibís plata del alquiler y de mis regalías?.

—Sí, pero no me alcanza. Además, ese libro cada vez se vende menos en Francia.

—Lo usan en la facultad para estudiar.

—Emilio estamos en la era digital, ya nadie compra tus libros. Y no es solo por la plata que quiero que vuelvas.

—¿No podés estar sola?.

—No en este momento, te necesito, podés recapacitar.

—No, no puedo....

Emilce se acercó al oído y le habló por unos minutos. A medida que ella le hablaba a él se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Lo voy a pensar, dame unos días, —dijo él.

A la mañana siguiente Emilce y los nenes partieron de regreso. Emilio los despidió con un fuerte abrazo y con un beso en la mejilla a ella.

CAPITULO 11

Viernes por la noche

Emilio no salió en todo el día de su casa. Solo abrió y cerró la puerta algunas veces para que salga Eusebio. Llegadas las diez de la noche una canción a todo volumen le llamó la atención: *Todas las mañanas son iguales, lindas, novedosas, especiales. Siguen reprochándome morales todo lo que yo hago está mal. Son muchos pensamientos para una sola cosa, estoy algo cansado de vivir, en realidad. Yo que soy un hombre desprolijo no tengo conflictos con mi ser porque en la apariencia no me fijo, piensan que así no puedo ser. No cambia nada estar un poco sucio, si mi cabeza es eficaz. No no no, no no no, no no no, no no no. Yo que soy un hombre desprolijo, no tengo conflictos con mi ser...* [\[11\]](#)

Abrió la puerta y vio un camino de velas que se dirigían al muelle. El camino era guiado por dos sogas que cada dos metros tenían fotos: ellos dos cantando las canciones el día que se pelearon por la música, Eusebio robándole la ropa a ella, los tres comiendo en lo de Juan, el día que pescó, él cumpliendo su promesa, ellos dos besándose en el muelle, y en el extremo del camino había una carta:

Emilio nunca pensé que en tan poco tiempo me iba a enamorar de alguien así, como me pasó con vos. Lograste depurar todas mis tristezas, lograste sacarme más sonrisas que nadie en mucho tiempo, lograste hacer latir mi corazón como cuando era adolescente. Sé que las cosas no se dieron como esperábamos, pero te pido que me des una oportunidad para conocerme. Dejé, dejo y dejaría todo por vos para poder darnos la chance de caminar este camino juntos. Nadaría de punta a punta hasta dejar de respirar con solo saber que no me perdonás, no me permitiría arruinar esta chance que la vida nos ofrece. Te pido que, si algo de esto te llega, aunque sea lo pienses. No soy una persona que pide o ruega por amor, pero por vos haría cosas que nunca hice. Te amo. Griselda.

Emilio levantó la vista y vio a Griselda pescando con la parte baja de la malla y en toples. En el cachete derecho de su cola tenía escrita la leyenda “Sucia” y en el otro “Desprolija”. En su espalda tenía escrita la leyenda “Te amo ¿me perdonás?”.

CAPITULO 12

Sábado por la mañana

La primavera estaba empezando a dar sus primeras mañanas calurosas, el reflejo del sol en el agua y el viento contribuían a sonrojar la piel blanca de Emilio, que pescaba en tanto que recitaba aquella canción que le transmitía paz y felicidad:

There are places I remember all my life, though some have changed some forever, not for better some have gone and some remain all these places had their moments with lovers and friends, I still can recall some are dead, and some are living in my life, I've loved them all but of all these friends and lovers there is no one compares with you... [\[12\]](#)

Juan tomaba mates y sonreía mientras tomaba algunas fotos. En tanto que Griselda se desperezaba en su parte del muelle, antes de hacer los usuales ejercicios de meditación. Se movía para un lado y para el otro, estiraba sus brazos y elongaba sus piernas. En eso la pesca de Emilio la distrajo, pisó en falso y su pierna quedó atascada entre las maderas del muelle.

—¡Auxilio, me duele, ayúdenme!, —gritó ella. Emilio revoleó la caña y salió a auxiliarla.

—Espacio, espacio, vamos a la cuenta de tres.

—No, no, me duele.

—Juan, Juan, prepará el bote que la llevamos a la salita, se fracturó la pierna.

Entre Juan y Emilio la alzaron y subieron al bote. Ella no paraba de llorar del dolor.

—Juan ¿vos conocés a alguien ahí, verdad?.

—Sí, pero no los puedo acompañar.

—Juan, está fracturada.

—No puedo ¡entendés!, —gritó Juan.

—¡No, no entiendo un carajo!.

—No hay problema, vamos igual, —dijo ella.

Luego de unos segundos y con los ojos llenos de lágrimas Juan prosiguió: “El día que murió mi bebé, no pude aguantar la bronca y destrocé toda la salita. Cuando salió el doctor a dar sus explicaciones lo molí a palos. Estuve tres meses preso, hasta que una de las enfermeras, amiga de mi esposa, lo

convenció que quite la denuncia, pero me prohibieron la entrada. Por eso nunca volví. ¿O se piensan que me gusta andar sin dientes por la vida?.

—Ya que estamos en tren de confesión , Juan, ¿me podés decir qué mierda hacés con los gatos?, —gritó Emilio.

—Los espanto, eso hago.

—¿O te los comés?, —preguntó con tono tembloroso Griselda.

—Me los comía, querrás decir... Luego de esos días en la cárcel, nadie me dirigía la palabra. No tenía un centavo y la Isla estaba repleta de gatos, como si en esos tres meses una plaga hubiera atacado el lugar.

—¿Y qué es esa canción que cantás de noche?.

—Es la canción que me cantaba mi mamá para dormirme, ella era una soviética que se escapó de la guerra, y como acá tienen la canción del Cuco nosotros allá tenemos a Tili Bom.

Llegaron y Emilio la cargó como pudo mientras Juan los esperaba cerca de la salita. A ella le hicieron una placa y la enyesaron, el resultado: reposo por 30 días.

Volvieron y ayudaron a Griselda a sentarse con vista al río, totalmente inmovilizada Emilio la ayudó a cambiarse, a meterse en la ducha y hasta le cocinó. Fueron 30 días de plena tranquilidad y felicidad en la Isla.

15 de noviembre

Emilio hablaba por celular mientras ella hacía sus primeros movimientos, ya si el yeso. Juan le acercó un mate a Emilio y al verlo con cara de preocupación lo interrogó: “¿Malas noticias?.

—No lo sé, bah.... más o menos.

—¿Tu ex no te da paz?.

—No es eso Juan, no puede con todo sola y la entiendo. Voy a tener que volver. No sé cómo hablarlo con Griselda.

En eso que ellos hablaban Griselda comenzó a los gritos.

—Juan, Juan, el bote por favor.

—¿Qué pasó?, —preguntó Emilio.

—Un auto atropelló a Teodoro y lo van a operar.

—No te lo puedo creer, —dijo Emilio agarrándose la cabeza.

—Va a escampar Emilio, va a escampar, —soltó Juan en tanto que preparaba el bote.

Griselda lo tomó de la mano, le dio un beso en la mejilla, tomó algunas pertenencias y se subió al bote. Emilio miraba fijo al horizonte mientras veía

como la calma y felicidad de esos días se iban en ese bote.

CAPITULO 13

23 de diciembre

Ese día por la mañana llegarían las últimas embarcaciones a La Isla hasta después de la navidad. Juan tomaba mates y miraba sin cesar para un lado y para el otro, como esperando que Emilio y Griselda salieran de sus respectivos lugares. La primera embarcación llegó, en ella estaba Emilio con Emilce y los nenes. Juan salió al encuentro de su amigo. Mientras desembarcaban las cosas la segunda embarcación llegó: era Griselda con su familia.

—Hoy comemos fideos, voy a buscar la cámara de fotos, —dijo Juan en tanto que se retiraba.

—Cartón lleno—dijo Emilio en voz baja.

Las familias se acomodaron sin dirigirse la palabra. Los nenes de los dos matrimonios alternaban risas, con peleas y llantos. Griselda y Emilio eran los encargados de mediar, sin hablarse y sin mirarse. Emilce y Víctor miraban con recelo a ellos dos, como sabiendo lo que había pasado entre ellos.

Llegó la noche de la navidad y la cena entre los vecinos fue en calma, cada uno en las afuera de su casa, salvo Juan que compartió la mesa con Emilio y su familia.

Pasado el 25 las dos familias se embarcaron para volver cada uno a su hogar. Saludaron con afecto a Juan que desde lejos revoleaba sus manos en tanto que acariciaba un gato que manoteó mientras pasaba.

—Este viejo no pierde las mañas, —dijo Emilio por lo bajo.

Llegaron a la ciudad y cada uno se subió a su automóvil. Se despidieron tibiamente y emprendieron camino. Emilio y su familia pararon en un puesto callejero a almorzar.

—¿Cuándo empezás con la quimio?, —preguntó Emilio.

—El lunes, —respondió Emilce.

Griselda con los suyos hizo lo propio en un local de comidas rápidas.

—¿Me querés decir algo, —preguntó Griselda a Víctor, mientras los nenes jugaban en el pelotero?

—Sí, me despidieron y Luisa está embarazada.

—¿Luisa, la bachera?.

—Sí, —respondió Víctor cabizbajo.

—No te la puedo creer, que bajo que caíste....

—No te preocupes, llego y hago mis valijas. Los nenes se quedan con vos, y yo me mudo con ella.

—Al fin un poco de coherencia ¡hijo de puta!

—No le digas nada a los nenes todavía. Dame tiempo.

—Dame tiempo, dame tiempo....

—Hay más....

—¿Qué más?.

—Hablé en el Hotel y pedí que te reincorporen, no podemos estar los dos sin trabajar. Yo veré que hago.

CAPITULO 14

Nueve meses más tarde

Emilce no se había recuperado del cáncer y Emilio tenía que recuperar a su familia y su confianza. Al llegar habló con la editorial francesa y reeditó su libro de recetas. Aquellas anécdotas en la Isla le habían dado frescura y actualidad para la nueva versión digital que no paraba de venderse entre los jóvenes chefs de Europa. Así las cosas, las ofertas laborales no paraban de lloverle. Hubo una que le pareció un desafío especial: tomar el lugar de Víctor en el Hotel La República.

Hizo remodelar el lugar, cambió el menú, tomó gente nueva y los entrevistó a todos, uno a uno. Sin la excepción de Griselda: “¿Estás segura que podés trabajar conmigo?”.

—Sí, lo estoy.

La primera noche no fue de las mejores y Emilio recuperó su mal carácter de jefe de aquellos días en Francia.

—¿Quién hizo esta sopa de camarones?.

—Yo chef, —gritó Washington.

—¡Hacela de nuevo, está fría y los camarones tienen que estar frescos no se usan los precocidos para la sopa.

—Sí, chef.

—¿Quién hizo este bife?.

—Yo, chef, —respondió Alejandra.

—¡Jugoso no crudo, esto es una mierda!, —gritó Emilio en tanto que revoleaba el plato.

Emilio se inclinó sobre la mesada y comenzó a revolear los utensilios. Griselda se acercó, le acarició la espalda e intentó calmarlo.

—¡Esto es una mierda, esto es un fracaso!, —dijo mientras rompía platos y vasos que estaban para ser servidos.

Griselda lo acarició y le habló bajo al oído. Emilio se limpió las lágrimas y se encerraron en la oficina vidriada.

—No puedo hacer esto, Griselda, no puedo....

—Solo un beso te pido.

—No puedo, no puedo hacerle esto a Emilce, esto no está bien.

—Entiendo, —dijo ella, tomó sus cuchillos y le dejó su vestimenta con la escritura “Renuncio.

El Gerente del Hotel se acercó a la oficina y le dijo que esa noche de

desastre había sido atestiguada por un crítico y por un político amigo de él muy importante. Quiso despedirlo, pero Emilio le pidió revancha. Hicieron un comunicado de prensa pidiendo disculpas y reprogramaron la inauguración 15 días más tarde.

La reinauguración fue todo un éxito, aunque Emilio no dejaba de contemplar el lugar que había dejado Griselda y que él había decidido no ocupar con nadie. Llegó a su casa y prendió la radio, de fondo se escuchaba la canción preferida de ella: *Loving can hurt, loving can hurt sometimes. But it's the only thing that I know. When it gets hard, you know it can get hard sometimes. It is the only thing makes us feel alive. We keep this love in a photograph, We made these memories for ourselves, where our eyes are never closing. Hearts are never broken and time's forever frozen still so you can keep me inside the pocket of your ripped jeans holding me closer 'til our eyes meet. / You won't ever be alone, wait for me to come home...* [\[13\]](#)

Abrió una botella de vino y se puso a mirar las fotos de él con Emilce, no podía entender cómo todo había sucedido tan rápido.

20 años atrás

Día soleado. Los invitados los habían llenado de arroz a los novios. Ella lo apartó y lo llevó detrás del campanario.

—Si algún día no estoy ¿vas a cuidar bien de nuestros hijos?.

—¿Qué decís Emilce? Nos acabamos de casar. No empieces con esas teorías del fin del mundo, por favor. Disfrutemos el hoy.

—Solo quiero saber..., —dijo Emilce con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, los cuidaré igual o mejor que a vos.

—Y... ¿Si conoces a alguien, me prometés que también la vas a querer igual o más que a mí?.

—Lo prometo, —dijo Emilio con una mano en el corazón, su cabeza gacha y sus ojos cerrados.

Emilio siguió mirando fotos de ellos: de novios, del casamiento, de la luna de miel y de sus hijos. Entre las fotos encontró una carta fechada justo un mes antes de su muerte: *Emilio,*

Sé que nuestros últimos tiempos no fueron los mejores, pero no sé por qué en este momento logro olvidarlos y recordar por qué me enamoré de vos. Era una persona llena de vida, con sueños y eso me

entusiasmaba mucho. Eras tan atento, tan caballero y muy romántico. Solo un mes juntos me bastó para saber que eras el hombre de mi vida. Amaba ver con la dulzura que recibiste al mundo a nuestros hijos, como jugabas con ellos, como los mimabas y hacías monerías. Me divertía mucho que les cantes sus canciones porque nunca acertabas las letras, y los nenes ya de más grandes se daban cuenta y se reían hasta las lágrimas. Recuerdo cuánto me alentaste en cada decisión importante de mi vida. Pero lo que más recuerdo y me llevaré conmigo hasta la eternidad, es cuando en la Iglesia me diste el sí y me dijiste que me amabas. Amé tanto esa sonrisa tuya. Amé tanto aquel momento que no puedo ni recordar por qué nos hicimos tan diferentes. ¿Qué nos pasó Emi? Sé que no fui la compañera que esperabas, pero a mi forma te amé profundamente y en silencio. Detesto que hayas apagado tus sueños por mi falta de apoyo y comprensión. Sé que tenés mucho para darle al mundo y a nuestros hijos. Cuidalos como lo hiciste siempre y por favor: Perdoname. Estoy segura de que la persona que te acompañe te complementará y te dará lo que yo no pude o no fui capaz. Sé que vas a elegir a la persona que ame a nuestros hijos como yo los amé. Y por favor decile a nuestros hijos que siempre fuimos muy felices y que estos meses fueron solo un contratiempo. Es por eso que te pedí que vinieras a estar con nosotros. Quería que nuestros hijos nos recuerden felices y juntos. Yo quería recordarte así. Por siempre tuya: Emilce.

Terminó de leer esas palabras, apoyó la carta justo a la altura de su corazón, cerró sus ojos y limpió incesantemente sus lágrimas con el puño de su manga. Guardó las fotos y la carta, y visualizó la foto de casamiento en el momento que se besaban. Suspiró, miró hacia el cielo y en aquel momento recordó su última noche juntos.

—Vamos a dormir amor, —dijo Emilce.

—Sí, —respondió él.

Y casi como viéndola subir por las escaleras sonriendo, la contempló por unos segundos.

En tanto que acomodaba las fotos para irse a dormir escuchó que un mensaje le llegó al celular, lo tomó, lo miró y sonrió: “Te extraño ¿Nos vemos?”.

FIN

[1] In my life, The Beatles.

[2] Sweet child of mine, Guns and Roses.

[3] Sucio y desprolijo, Pappo.

[4] Bohemian Rhapsody, Queen.

[5] Heroin, Sumo.

[6] El Bombardeo de la Plaza de Mayo, también conocido como la Masacre de Plaza de Mayo, fue el bombardeo y simultáneo ametrallamiento aéreo, cometido el 16 de junio de 1955 en la ciudad de Buenos Aires (Argentina). Ese día, un grupo de militares y civiles opuestos al Gobierno del presidente Juan Domingo Perón intentaron asesinarlo y llevar adelante un golpe de Estado.

[7] Va a escampar, La Vela Puerca.

[8] Tili tili bom.

[9] In my life, The Beatles.

[10] Tili tili bom.

[11] Sucio y desprolijo, Pappo.

[12] In my life, The Beatles.

[13] Photograph, Ed Sheeran.